

# Colección DIVA

Número 15 – Setiembre de 1999

Dirección: Silvia Elena Tendlarz ([stendlarz@pccp.com.ar](mailto:stendlarz@pccp.com.ar))

Secretaría de redacción: Patricia Schnaidman ([schnaidp@cvcti.com.ar](mailto:schnaidp@cvcti.com.ar))

Colaboraron en este número: Marcela Froidevaux y Marcela Giandinotto

## LA ECUACION SIMBOLICA: MUCHACHA= FALO

OTTO FENICHEL

*Este artículo, traducido originalmente al inglés de la International Ztschr. f. Psa. XXII Nº3 (1936), fue tomado oportunamente de un libro que se hallaba en preparación, Selected Papers of Otto Fenichel, traducido por Henry Alden Bunker, M. D., a editarse por W. W. Norton & Co., Inc., y publicado con el permiso de los editores en The Psychoanalytic Quarterly vol. XVIII (1949). En numerosas oportunidades, Lacan lo retoma, volviéndose así una referencia clave en su enseñanza.*

I

En el artículo "El análisis de un travesti"<sup>1</sup>, establecí el hecho de que en la raíz de esta perversión se encontraba la fantasía inconsciente del paciente de ser una muchacha con falo. Esquemáticamente, si el homosexual se ha identificado a su madre, y el fetichista no ha renunciado a la creencia en que la mujer posee un pene, ambas formulaciones son válidas para el travesti masculino: se identifica con una mujer en cuya posesión de un pene desea además creer.

Mi paciente representaba su rol de muchacha fálica para poder ceder a unos deseos femeninos enfrentados por una intensa ansiedad de castración. La perversión supuestamente contrarrestaba esta ansiedad, puesto que su propósito, como manifesté, era decirle al objeto: "Amame como la madre (o como la hermana); no es verdad que de este modo ponga en peligro mi pene". En un sentido general, pude demostrar la probabilidad de que esto sea el significado del acto travesti. Es un compromiso entre los deseos femeninos y el temor de castración que se le opone, o, en tanto el temor de castración es el resultado de una elevada valoración narcisística del propio pene, entre el deseo femenino y el orgullo narcisista de su pene. La conducta exhibicionista de tales pacientes tiene entonces un doble significado: "Deseo ser visto y admirado por mi pene" y "Deseo ser visto y admirado como una hermosa muchacha". En el artículo más temprano al que me referí, describí como el factor concomitante más importante en el travestismo el hecho de que usualmente la identificación a la madre es al mismo tiempo, en un nivel más superficial, una identificación con la niña pequeña. Se supone que estas tendencias objetivamente contradictorias encuentran expresión simultáneamente; de su relación con cada una, hasta aquí nada se ha comunicado. La situación puede ser análoga a la del "Hombre de los lobos", en la que a un deseo femenino relativamente primario se le opone

la comprensión de que "la gratificación de este deseo le costaría el pene"<sup>2</sup>, así como podría ser que un orgullo por el pene originariamente fuerte y una tendencia fálica al exhibicionismo fueran inhibidos por la ansiedad de castración, y luego reemplazados por una tendencia femenina al exhibicionismo. En todo caso, el placer fálico y femenino en la exhibición se fusionan para formar la principal fantasía de tales pacientes: "Me exhibo como una muchacha con pene". Mi paciente, por ejemplo, era en su infancia objeto de admiración fálica y femenina; los adultos llamaban a su pene con apodos cariñosos y también -a causa de su larga cabellera- lo elogiaban como una "bella muchacha".

En sus prácticas perversas este paciente representaba no sólo a una muchacha fálica, sino también lisa y llanamente al falo. Escribí: "El paciente combinaba su femineidad con un ingenuo amor narcisista por su propio pene, al que llamaba tal como a un niño por apodos cariñosos; de hecho, el nombre que quería tener como muchacha tenía un asombroso parecido con con el apodo cariñoso dado a su pene. De este modo apareció la ecuación simbólica: "paciente vistiendo ropas de mujer = madre con pene = pene en general". La intensidad de la ansiedad de castración se corresponde con el narcisismo peneano original, debido al cual sólo podía satisfacer su posterior anhelo narcisista de ser admirado como una muchacha equiparándola con un pene, y fantaseándola directamente como un pene. Las ecuaciones "Soy una muchacha" y "todo mi cuerpo es un pene" se condensan aquí en una idea: "Yo = todo mi cuerpo = una muchacha = la pequeña/el pequeño = el pene".

Vemos aquí por primera vez que la ecuación simbólica regularmente válida "pene = niño" (el pequeño) puede asumir también la forma especial "pene = niña/muchacha".

## II

Se expuso a menudo que las niñas frecuentemente se identifican con el pene en sus fantasías inconscientes. Comprendemos también cómo apareció tal identificación. Esta es una vía, entre otras, para superar la original envidia narcisista del pene. Sabemos que con frecuencia -cuando los deseos orales están en primer plano, o existen fijaciones orales que, en conexión con la herida narcisística ocasionada por el descubrimiento del pene, dan origen a regresiones- la aspiración "Yo también quiero tener un pene" pasa por alto la aspiración "Quiero incorporar oralmente un pene". Tales tendencias resultan en identificación, y reactivan antiguos deseos oral-sádicos que anteriormente estaban dirigidos hacia la madre. La fórmula de las identificaciones de este tipo es: "Me apoderé del pene y lo comí, y ahora me convertí yo mismo en un pene". La condición para una respuesta de este tipo es entonces la persistencia de "tendencias a la incorporación". Lewin<sup>3</sup> ha recogido material que guarda relación con ésto. Según él, se encuentran a menudo simultáneamente en las mujeres la fantasía de poseer un pene y la de serlo. Se identifican a sí mismas, es decir, la totalidad de su cuerpo, con un pene, por vía de la introyección oral. La idea de haber arrancado el pene de un mordisco o de lo contrario, haberlo incorporado, es la continuación de la ecuación inconsciente "cuerpo = pene". Esta ecuación, cuya aspiración es de hecho la de un *totum* incluido en el cuerpo del objeto, puede considerarse entonces como un complemento pasivo de la fantasía de tragarse un pene. En consecuencia, estamos abordando una regresión parcial postfálica a concepciones orales.

Recientemente, yo mismo pude publicar el caso de una paciente en cuya vida sexual el voyeurismo jugaba un papel particularmente importante. El deseo de ver un pene encubría el deseo más profundo de comerlo. Este dominio oral sádico de "lo visto" representaba una genuina introyección y por lo tanto también se tradujo en identificaciones.

En otra parte escribí<sup>4</sup>: Como es usual en los caracteres orales, todas sus relaciones objetales estaban saturadas de identificaciones. Invariablemente, resultaba particularmente evidente en las relaciones sexuales. Una vez, cuando un amigo de la paciente resultó impotente, su reacción fue a tal punto masculina que hallamos para ella

la siguiente formulación: "somos impotentes". Los *affaires à trois* jugaban un importante papel en sus fantasías, así como también en su vida amorosa real. Le gustaba que su amigo estuviera con otra mujer en su presencia, disfrutándolo en empatía con él. Encontraba inconcebible y completamente insoportable que pudiera visitar a otra mujer en su ausencia. Tenía la sensación: "¡Sin mí no puede hacerlo en absoluto!" Sus expresiones de afecto siempre consistían en arrimarse al cuerpo del hombre como si fuera una pequeña parte de éste. Cuando su amigo la dejó, experimentó una "sensación dolorosa" en su espalda, como si su espalda se hubiese arraigado en él y ahora hubiese sido desgarrada y desprendida. Cuando finalmente produjo sueños con hombres que en lugar de pene tenían un niño colgando del abdomen, no hubo ya duda alguna de su identificación con el pene. En la fantasía de colgar como un pene del abdomen de un hombre tenemos un tipo de fantasía de cuerpo paterno, la opuesta a la fantasía de comerse el pene del padre: que ella misma sea comida como un pene por el padre. Como otra vez aparecía el hombre que tenía un niño colgando de su abdomen en lugar del pene; tenía ahora muchos de esos niños; los había colocado dentro de su estómago, o acaso mantenía a uno de ellos en lo alto para dañarlo, como el gran San Nicolás en *Struwelpeter*; era el *Kindlifresser* de Berna.

Gradualmente, los impulsos oral-sádicos y las tendencias a la identificación con el pene manifestaron cada vez más características que no era posible explicar vía el pene, sino originadas necesariamente en un período anterior.

La fantasía del cuerpo paterno resultó ser entonces la continuación de una fantasía del cuerpo materno, y la idea del pene una continuación de la idea del interior del cuerpo de la madre. A la identificación con el pene, la parte colgante del padre, se correspondía una identificación con el embrión que depende de la madre (el *Anhängsel* del padre, el *Inhängsel* de la madre). La intención de desmentir las tendencias oral-sádicas hacia el pene mediante la fantasía de unidad armoniosa con él -"Yo mismo soy el pene"-, parece una continuación de la intención de desmentir de modo simbólico las tendencias oral-sádicas hacia el cuerpo de la madre por medio de la fantasía de unidad armoniosa con él -"Yo mismo estoy dentro del cuerpo de la madre"-. Debemos acordar aquí con Lewin<sup>5</sup>, cuyo artículo sobre el cuerpo como falo fue rápidamente seguido por otro sobre la claustrofobia, es decir, sobre el cuerpo como embrión. Pero este origen de nuestra fantasía a partir de la nostalgia del cuerpo materno al respecto es de menor interés que la fantasía del cuerpo paterno (*Vaterleibspantasie*): una pequeña niña cuelga del abdomen del padre como un pene. Por consiguiente, está inseparablemente unida a él, es sólo una parte de él, pero la más importante; el padre es impotente cuando no funciona para él como su varita mágica, a la manera de la cabellera de Sansón.

Desde entonces tuve la oportunidad de analizar otra paciente que en la pugna por ser un hombre y por poder amar como una mujer encontró una solución de compromiso amando a un hombre cuyo pene fantaseaba inconscientemente ser ella misma -una forma de amor que está marcada forzosamente por rasgos identificatorios-. Digamos unas pocas palabras sobre esto, ya que nos remite a las fantasías del paciente varón de quien hablamos con anterioridad.

Una joven de talento y muy ambiciosa se hallaba hasta tal punto inhibida no sólo intelectualmente sino en todo su desarrollo que pidió análisis. En primer lugar, presentó el conocido cuadro de una mujer con "sexualización del intelecto". Quería brillar por medio de sus dotes intelectuales, pero se encontraba impedida por su temor a la vergüenza. El análisis mostró que la proeza exhibicionista que realmente ansiaba era básicamente la de orinar, y que la vergüenza que temía era el descubrimiento de su carencia de pene. El temor a esta "vergüenza" estaba inconscientemente intensificado por el temor a una herida sangrante en su genital. Este temor se manifestaba como un temor a la retaliación por las correspondientes tendencias oral-sádicas, fundamentalmente hacia el pene. Por ejemplo, para escapar a la tentación sadomasoquista<sup>6</sup> implicada en la desfloración por parte de un hombre, se había desflorado ella misma, y rebotaba de un gran deseo de sexualidad "pacífica". Este deseo de unión armoniosa entre el hombre y la mujer estaba

dirigido a refutar el impulso inconsciente de robar el pene y prevenirse del consecuente temor a la retaliación. Conoció a un hombre que la impresionó como un "violador", a quien por consiguiente temía muchísimo antes de entablar relaciones sexuales con él. Para su sorpresa, la unión sexual real con él fue muy diferente de lo que había imaginado. La ternura predominó sobre la sensualidad; se sintió unida a él en perfecta armonía, se aferró tiernamente a él, libre de ansiedad. En ese momento no le parecía mal el hecho de no lograr el orgasmo. Hablaron poco, y la paciente pensó que era así porque la armonía entre ambos era tan perfecta que se entendían mutuamente sin palabras, puesto que se habían vuelto tan completamente uno. Durante su unión se sintió tan fascinada por él que pensó que no podría hacer nada que él no quisiera que hiciera. A la interpretación de que se había comportado como si fuese una parte del cuerpo del hombre, la paciente respondió con un sueño edípico apenas desfigurado en el que el hombre era claramente reconocible como la imagen de su padre. Y fue sólo en relación con el análisis de este sueño que se empezaron a tratar los diversos ejemplos de las numerosas fantasías diurnas edípicas de la paciente. Su padre había viajado mucho y por lugares lejanos, y al retorno de sus viajes acostumbraba a hablarle de sus aventuras. La paciente -en el período de latencia, y aún más claramente, en la pubertad y después de ella- solía entonces fantasearse como su compañera. Secreta e invisiblemente, fantaseaba que siempre estaba con él y que experimentaba todas sus aventuras mancomunadamente. Estas fantasías tomaron forma concreta una vez que la paciente le dió a su padre la figura de un osito que llevó consigo en los viajes. El daba su conformidad a estas fantasías de su hija adoptando a su regreso la costumbre de sacar el oso del bolsillo y asegurarle que lo había guardado como algo sagrado y que era su talismán. El significado de la fantasía era entonces que la paciente, como el pequeño compañero de su gran padre, lo protegía al punto que sería impotente sin esa protección. En análisis la paciente se fantaseaba como este oso que, llevado en el bolsillo de su padre, tomaba parte en sus viajes. Ella se asomaba del bolsillo; tuvo una fantasía con canguros que se asomaban de la bolsa de su madre, y se dió cuenta de que en esa noche de armonía amorosa había pegado su pequeño cuerpo contra el gran cuerpo de su amigo como si fuera esa cría de canguro. Tenemos entonces una fantasía de cuerpo paterno, muy ajustada al modelo del caso tomado con anterioridad.

Un análisis más amplio reveló inequívocamente que también aquí el *Vaterleibphantasie* encubría un *Mutterleibphantasie* en un nivel más profundo; que el pene equivalía a la idea del interior del cuerpo de la madre, del embrión, en cuyo lugar se había fantaseado. La armoniosa escena de amor repitió tempranas experiencias con la madre, y todo el poder del sadismo oral que tanto perturbaba su vida apareció sólo después de que la paciente, al hablar del verano de su cuarto año, momento en que nació su hermana, dijo: "Mi madre no pudo haberse tendido en una hamaca entonces". "¿Pero por qué no?". "Porque uno habría visto su embarazo demasiado claramente". Y ante el comentario de que su reflexión sugería que su madre se había tendido de modo tal que hubiese notado el embarazo, la paciente replicó: "¡Pero recuerdo claramente que no se tendió en una hamaca!". Con lo cual estaba abierta la vía al análisis de la ira de la paciente, contenida desde aquel momento. Pero ésto nos resulta relativamente de poco interés. Para nosotros, es suficiente el reconocimiento de que aquí también la fantasía "Soy un pene" representa una salida de las dos tendencias en conflicto: "Quiero tener un pene" y "Quiero amar a un hombre como una mujer". La fantasía de ser el pene de un hombre (y por lo tanto estar unida a él en una armonía inseparable) está al servicio de la represión sobrecompensatoria de la otra idea: "Estoy robándole a un hombre y por lo tanto debo temerlo". Por cuanto en ese caso nada se le quita, y existe sólo una unidad indivisible. Sin embargo, ésto se origina a causa de la identificación con el pene, que en un nivel más profundo significa una vez más: apoderándose del pene.

### III

Las fantasías edípicas de esta paciente poseen numerosos puntos de contacto con diversos motivos muy recurrentes de leyendas y cuentos de hadas, como por ejemplo, se encuentran con frecuencia pequeñas niñas salvadoras que protegen a grandes hombres en todas sus aventuras. Pequeños compañeros hacedores de milagros (que no necesariamente deben ser femeninos), tales como enanos, mandrágoras, figuras talismánicas de todo tipo a menudo fueron analizadas, y el "pequeño doble" fue reconocido como una figura fálica<sup>7</sup>. No obstante, las asociaciones de la paciente señalaron primero las conexiones existentes entre tales figuras fálicas y las "muchachitas salvadoras" e indicaron, por ejemplo, a Ottogebe, quien en su espíritu de sacrificio salvó al pobre Henry, o a Mignon, o a la hija menor del Rey Lear, Cordelia, o al Rey Nicolo -delineado conforme a la imagen del Rey Lear-, a quien solamente su hija menor permaneció fiel en la adversidad. La interpretación habitual de estas figuras de jovencitas es que representan el reverso de una "fantasía de salvación". Como bien se sabe, Freud interpretó la fantasía de hombres que salvan mujeres o jovencitas diciendo que la mujer salvada es la madre<sup>8</sup>. Pero una figura femenina que salva a un hombre debe tener asimismo una significación materna. No dudamos de tal interpretación, y meramente notaremos que deja inexplicados muchos características de esta "jovencita salvadora": su pequeñez, su debilidad exterior que tanto contrasta con su fortaleza mágica, y todas las características que estas figuras comparten con el "pequeño doble" fálico anteriormente mencionado. ¿No debe justificarse la interpretación de que todas estas figuras femeninas tengan significado fálico? La interpretación freudiana de que la Cordelia de Lear representa a la diosa de la Muerte<sup>9</sup>, no se opone a tal concepción. La diosa de la Muerte es, de cualquier modo, un ser mágicamente omnipotente que mantiene completamente en su poder al padre, mucho más grande y fuerte. Está vinculada a estas figuras fálicas por la noción de "omnipotencia mágica". Desde el punto de vista femenino, esta fantasía puede asimismo entenderse como una compensación de la herida narcisística por su carencia de pene, por ser inferiores y más pequeñas. "Aunque sea pequeña, mi padre debe amarme ya que sin mí no puede hacer nada en absoluto". La omnipotencia infantil de la jovencita, amenazada nuevamente por el descubrimiento del pene, es restaurada a través de la identificación con el pene. Recuerdo las fantasías de *däumelinchen*, por medio de las cuales una de las pacientes de Annie Reich pudo compensar los numerosos traumas de su niñez temprana dominando a sus admiradores masculinos mediante su inconfundible representación del papel de un falo<sup>10</sup>.

### IV

En la literatura psicoanalítica, las figuras como Mignon han sido con frecuencia tema de investigación, pero siempre desde el punto de vista masculino. A este respecto, es especialmente digno de mención el gran trabajo de Sarasin sobre Mignon misma<sup>11</sup> que amaba a Wilhelm de modo tan desdichado y dependiente, y también tenía a Harfner a su lado como a una figura paterna a quien pertenecía y junto con quien primero formó la "extraña familia". Sarasin la reconoció como una figura en la cual el poeta idealizaba a su hermana Cornelia. El poeta desarrollaba una identificación paterna ambivalente hacia ella, con fantasías de mutua salvación (y destrucción). Sarasin observaba que Mignon posee diversas características masculinas, y menciona *inter alia* dos pasajes de Goethe que pueden citarse aquí: "Estos dos permanecieron para él: Harfner, a quien necesitaba, y Mignon, de quien no podía prescindir"; en el segundo párrafo referido, se llama a Mignon "una tonta criatura bisexual". Pasajes tales como éstos motivaron que otros intérpretes preanalíticos de Mignon (por ejemplo, Wolff) enfatizaran su naturaleza hermafrodita. Pero Sarasin explica estos rasgos masculinos en Mignon simplemente por la referencia al hecho de que en ella tiene lugar una condensación del recuerdo de Cornelia, hermana de Goethe, del de su difunto hermano Herman Jacob, y de sus otros hermanos y hermanas.

Ciertamente, ésto es correcto, pero no nos parece suficiente. El poeta siente empatía no sólo por el padre Harfner (el abuelo), quien mata y salva niños, para entonces cumplir el rol de de padre para con sus hermanos y hermanas (amarlos y amenazarlos), sino también por Mignon -la intensidad de la nostalgia por Italia de Mignon no deja dudas al respecto- por quien sería entonces amado o amenazado en modo homosexual pasivo. Las características masculinas de Mignon provienen del hecho de representar al poeta mismo, de dar expresión a la fantasía: "¿Cómo actuaría mi padre hacia mí si yo fuera una joven como Cornelia?". Es interesante que Sarasin, quien no reconoció esto, se acercara, sin embargo, a esta interpretación al escribir: "Aquí probablemente se nos hace entrar en conocimiento de un estado de conciencia rayano en la locura, donde el vehemente deseo por el objeto amado borra el límite entre el 'Yo' y el 'Tú', e inicia el proceso psíquico conocido por nosotros con el nombre de identificación". Que por otra parte Mignon represente no sólo a un muchacho sino específicamente a su pene, no puede sostenerse con certeza aduciendo sus características hermafroditas, pero se hace verosímil sobre la base del contexto total y si se toma también en cuenta, por ejemplo, el simbolismo de su baile.

Otro análisis válido acerca de jovencitas como éstas -mujeres infantiles-, auxiliares necesarias que aún desempeñan el papel de un talismán, no dejan duda de que, desde el punto de vista masculino, en tales casos tratamos invariablemente con una elección de objeto narcisista. Tales objetos representan siempre al hombre mismo, quien se fantasea como una muchacha. "Deseo ser amado como una muchacha del mismo modo en que ahora amo a esta mujer infantil". El mismo mecanismo de elección de objeto aquí implicado, como lo describió Freud, corresponde a un tipo determinado de homosexualidad masculina<sup>12</sup>, y ahora se comprobó que también se encuentra en el heterosexual. En mi volumen *Perversionen, Psycosen, und Charakterstörungen*<sup>13</sup>, escribí al respecto: "En hombres femeninos a quienes durante la niñez o la pubertad les gustaba fantasearse como niñas, está presente el mismo mecanismo que en los heterosexuales. Se enamoran de pequeñas jovencitas en quienes se ven personificados, y a quienes dan lo que sus madres les negaron. Muy probablemente, este mecanismo es decisivo también en la pedofilia." Añadiremos ahora: básicamente, esta elección de objeto en heterosexuales también representa un tipo homosexual, en el cual la mujer, elegida conforme a una elección de objeto narcisística, es usualmente fantaseada junto con un gran hombre, una figura paterna (a quien la persona misma representa); en empatía con la mujer, el hombre es así amado homosexualmente en forma inconsciente. Tales fantasías están siempre combinadas con la idea de protección mutua: la pequeña mujer es salvada por el gran hombre en la realidad, y él es salvado por ella en forma mágica.

Asimismo, un artículo de Spitz sobre la mujer infantil<sup>14</sup> explica la elección de pequeños objetos amorosos necesitados de ayuda sobre la base de una elección de objeto de tipo narcisista. Nos ocupamos aquí, escribe, de hombres que en su infancia fueron criados por sus madres más o menos abiertamente como niñas. Tal tendencia a la feminización en los niños se fortalece por la posterior y muy abrupta inhibición de las tendencias agresivas. Si existe una hermana mayor con la cual el niño pueda identificarse, se facilita la producción de la elección de objeto narcisista descripta. De este modo, Spitz explica la naturaleza hermafrodita de la "mujer-niña", y cree que está vinculada con cambios socialmente condicionados en las normas educacionales, que este tipo de elección de objeto amoroso es actualmente más prevalente que antes. Sin embargo, no reconoce que estas mujeres no sólo representan al hombre mismo que las ama, sino en particular, a su pene. En la forma en que generalmente se describe el encanto de tales figuras hallamos invariablemente un indicio de su naturaleza fálica. Son *muchachas-falo* (*phallus girls*), como en las fantasías de los travestis descriptas con anterioridad.

## V

Recientemente, en el análisis de un paciente varón, tuve la oportunidad de vislumbrar la génesis de un área de la fantasía totalmente diferente, que me pareció facilitar al mismo tiempo la comprensión de la muchacha-falo, a saber, la naturaleza del payaso y de la comedia bufa.

Este paciente tenía una especial predilección por la payasada, por el humor grotesco de tipo americano, etc. Aunque tenía una profesión totalmente diferente, su fantasía favorita era la de presentarse como cómico de cabaret o incluso directamente como payaso. No había duda de que estas fantasías eran una cuestión de "exhibicionismo de galanteo"; quería impresionar por su presentación, y quería ser amado por su habilidad para la bufonada. El problema era: ¿Qué le daba esta forma específica a su exhibicionismo?

Con esta pregunta nos parece que nos aproximamos al problema de una cierta neurosis específica de la niñez. Hay un tipo de niño que invariablemente busca entretener a sus compañeros de juegos o a los adultos con chistes de la más variada índole, y que hace continuamente de payaso, de Punchinello. Tales niños son aparentemente aquellos cuya autoestima está amenazada, cuya conciencia de sí mismos sólo se restablece cuando pueden hacer que otros se rían de ellos. Al principio, debido a que con frecuencia son muy graciosos, tales niños tienen usualmente éxito en su intento, pero gradualmente nos damos cuenta de que tratamos aquí con una neurosis, y que estos niños no podrían en modo alguno actuar de manera diferente.

La exhibición de las propias cualidades cómicas da la impresión de ser un *sustituto*. Parece (y el análisis del paciente antes mencionado lo confirma) que al principio estos niños deseaban exhibir otra cosa, algo más serio, y que su payasada estuviera diciendo: "En tanto que de todos modos no se me toma en serio, *al menos* quiero tener este éxito: hacer que la gente se ría de mí". En lugar de una gran exhibición -uno está tentado a decir, en lugar de la exhibición de un pene erecto- "al menos" exhiben otra cosa. Como el éxito sustituto que logran consiste en que se rían de ellos, parece como si se esforzaran por convertir la necesidad en virtud, como si lo que evitaba la "más seria" exhibición original fuera el temor a ser ridiculizado. La fórmula es aproximadamente como sigue: "Quiero exhibirme pero temo que se rían de mí si lo hago. Por consiguiente, me exhibiré de modo tal que ustedes se reirán, que a pesar de eso los impresionaré, así que el hecho de que se rían es en sí mismo un éxito. Ustedes que se ríen de mí verán que aquel de quien se ríen posee no obstante una secreta grandeza". ¿En qué consiste esta grandeza? Cuando se analizan las palabras y los actos de los payasos y comediantes bufos, salen a la luz dos características en apariencia contradictorias:

(a) Características fálicas: El atuendo tradicional de los payasos contiene en sí mismo numerosas características fálicas. Las relaciones entre los payasos y los enanos son múltiples, pero el simbolismo fálico de los enanos apenas necesita aclaración. Sólo les recordaré el análisis de Gulliver realizado por Ferenczi, quien enfatizó el simbolismo fálico de todas esas figuras que hacen uso de la ecuación cuerpo=pene, y están asociadas a la fantasía de comer y ser comido<sup>15</sup>.

(b) Características pregenitales de diversos tipos: Sólo tiene que presenciarse la actuación de un payaso en cualquier circo o asistir al espectáculo de un gran payaso como Grock, por ejemplo, para percibir que una gran parte del efecto de los payasos consiste en su expresión más o menos disfrazada de las tendencias prohibidas en otras circunstancias que caracterizan a la sexualidad infantil. Tanto más atribuímos a tales comedias burdas el carácter de arte verdadero cuanto más cubiertas estén estas tendencias pregenitales efectivamente proyectadas por una fachada estética que nos induce a la "gratificación de la risa"<sup>16</sup>. Los elementos sádico-anales parecen desempeñar en esto un papel especialmente destacado. Parecería que la bufonada se inscribe en la rúbrica del sadomasoquismo: constantemente se administran golpes. En tal sadismo, disimulado como lo está por la payasada, debe tomarse conocimiento de dos cuestiones:

primero, del esfuerzo del payaso, cuyo deseo original era exhibirse "seriamente", por vengarse en secreto por el ridículo al cual está expuesto. (Pueden recordarse aquí las numerosas leyendas e historias en las que bufones de la corte, enanos, y figuras similares que son objeto de risa, consiguen inesperadamente una horrorosa venganza -como por ejemplo en la historia de *The Jumping Frog* de E. A. Poe<sup>17</sup>-; y segundo, que pensamos justificadamente en una regresión engendrada por la circunstancia de que una parte primitiva del ridículo desengañó al héroe con respecto a su falicismo. Con este segundo punto llegamos a la siguiente interpretación general: aquí se apela a la exhibición de un modo particular en el cual las características fálicas y pregenitales están combinadas entre sí. Por lo visto, debe entenderse como se indica a continuación. Una exhibición fálica que debe ser reprimida es reemplazada por una exhibición pregenital (la cual acorde a su génesis, contiene aún características fálicas), junto con fantasías de omnipotencia: "Soy pequeño, es cierto; ustedes se ríen, pero a pesar de mi pequeño tamaño, soy omnipotente. Si mi pene es demasiado pequeño, entonces bueno, ¡soy un pene en toda mi persona que deben aún así respetar!".

Aparentemente, el placer exhibicionista del niño prodigio está relacionado con esto. La paciente presentada anteriormente, quien le dió a su padre el oso talismán, era admirada en su infancia como una niña prodigio. El motivo en común es "la grandeza del pequeño". Aquí, payaso y prodigio confluyen completamente en la tradición del enano. El niño pequeño, que a causa de su pequeño tamaño se siente despreciado y castrado, se fantasea *in toto* como un pene, para compensar de esta forma la herida narcisística en juego.

Retornamos a nuestro tema específico con la intención de demostrar que tales figuras fálicas como payasos, prodigios y enanos son fantaseadas con frecuencia específicamente como una "niña o muchacha".

El paciente con la predilección por la bufonada tenía una actitud notablemente contradictoria hacia las mujeres. O bien las despreciaba como relativamente insignificantes comparadas con la importancia de los problemas psicológicos analizados entre los hombres; o bien defendía los derechos de las mujeres en un espíritu sufragista. Estas dos actitudes alternantes (los motivos de esta alternancia eran analíticamente muy interesantes) eran mutuamente contradictorias, y aún así tenían algo en común: la "diferencia" de las mujeres está en ambos casos denegada; en uno, en el intento de dominar a las mujeres por completo, en el otro, denegando su individualidad. Como un abogado de los derechos de las mujeres, el paciente siempre se ocupaba de demostrar de un modo exhibicionista qué bien informado estaba sobre los asuntos femeninos, qué poco diferentes de él eran en realidad las jóvenes, etc. De esta manera, su identificación se hizo más clara: "Yo mismo soy una muchacha", una identificación que también encontraba expresión en una homosexualidad despreciativa para con la mujer, y que en la niñez temprana le había provisto un escape de su ansiedad de castración: "Para no volverme como una mujer, actúo como si yo mismo fuera una mujer, y además, actúo como si las mujeres no fueran diferentes a los hombres".

Si en él el deseo "Quiero exhibir mi pene", estaba inhibido por el temor a la humillación, y en un nivel más profundo, por la ansiedad de castración, encuentra un sustituto en la idea: "Quiero exhibirme como comediante bufo (como el falo pregenital)" y, asimismo, en la idea: "Quiero exhibirme como una muchacha (como un falo femenino)". No sólo se fantaseaba como un artista de cabaret sino también, ocasionalmente, como una cantante de cabaret, y en este sentido recuerda al travesti (observado por Hirschfeld) que inició sus prácticas de travestismo apareciendo como una muchacha tiradora -por consiguiente, una mujer fálica- en el vaudeville<sup>18</sup>. Quería ser admirado -desde luego, sobre todo por los hombres- como un falo pregenital, o femenino propiamente dicho. Su relación competitiva con otros hombres estaba abiertamente libidinizada: le gustaba atacarlos de distintas maneras; sin embargo, necesitaba su reaseguro de que no tomaban el ataque seriamente sino que lo consideraban de modo "deportivo", como una especie de acto de amor, en cierta forma a la manera en que el orinar competitivo de los niños



pequeños posee un carácter homosexual -en donde de modo similar un participante trata de ganarle al otro-. Así, todos los detalles descritos tienen como propósito la eliminación de un profundo temor de castración. A tal propósito debía atribuirse también la identificación femenina: "Soy una muchacha, déjenme ser amada como tal, pero sin tener que estar atemorizada". Como en el caso del travesti mencionado al inicio, la mujer fálica que el paciente encarnaba era considerada también aquí una figura fálica en su totalidad (el comediante bufo), pero aquí era posible reconocer que esta fantasía de la muchacha-falo estaba precedida por un agravio al exhibicionismo fálico, en ocasión del cual el paciente desarrolló su profundo temor de castración. En el análisis se nos proporcionaron unos pocos recuerdos encubridores de este daño al exhibicionismo narcisista, sin que pudiéramos determinar su carácter histórico concreto. La fantasía de la muchacha-falo es un sustituto de la exhibición fálica que está inhibida por la ansiedad de castración, y está compuesta por dos tipos de "desmentida de la castración": "Conservo mi pene actuando como si de hecho fuera una muchacha", y "Las muchachas no son realmente diferentes a mí".

## VI

Finalmente, antes de analizar el sentido general de la figura de la muchacha-falo, me gustaría citar un fragmento del análisis de otro paciente varón para enfatizar aun otro rasgo que caracteriza a esta figura.

Es el caso de un hombre que se salvó de la neurosis a la manera masoquista a través de un matrimonio desdichado pero que, al mismo tiempo, había dejado inutilizados muchos de sus potenciales y talentos. No era difícil ver que con toda su vida expiaba una culpa desconocida. Esta culpa, proveniente de su sexualidad infantil, se concentraba en la vergüenza por una enuresis de algunos años de duración que persistió hasta pasado su décimo año. Su ambición (inhibida) hacía pensar en la intensidad de su erotismo uretral; su placer exhibicionista por los pequeños logros (se negaba a sí mismo logros importantes) tenía el siguiente significado inconsciente: "¡Miren, hoy hasta puedo usar el orinal!". El traer a la conciencia sus sentimientos de culpa primero dió lugar a una depresión durante la cual el paciente lloró mucho. Luego de controlarse y mantener por espacio de muchos años los ojos cerrados a su suerte en la vida, este relajamiento fue muy bienvenido, y el analista instaba al paciente a que no se sintiera avergonzado sino que se permitiera llorar cuando tuviera ganas. No obstante, luego de un tiempo, se hizo obvio que el paciente estaba empezando a abusar de esta invitación. Lloraba en presencia del analista en una forma masoquista. ¿Cuál era el significado de este inesperado mar de lágrimas? Ahora el paciente no lloraba ya en soledad por su suerte, sino que se volvió sentimental y permitía que sus lágrimas fluyeran cada vez que pensaba en algo "conmovedor", cada vez que se mencionaba el tema de una "buena" acción o algo por el estilo. Este masoquismo moral tenía mucho del carácter de una "fantasía de salvación". Continuaba su desdichado matrimonio por su pobre esposa; tenía una vocación en la cual podía "ayudar a los desafortunados"; en resumen, el "buen" hombre, por cuya "bondad" derramaba lágrimas, era él mismo. Su principal fantasía se llevaba a cabo de este modo: la pobre pequeña Cenicienta que es él mismo debe sufrir mucho y nunca es comprendida, pero finalmente llega alguno que lo entiende y con esto aligera sus lágrimas. Los sueños y las fantasías revelaban pues, además, que "comprender" en realidad significaba "acariciar". De niño, el paciente había sido raquítico, había sido obligado a descansar mucho, y se le había hecho creer que era una carga para su humilde familia. La neurosis consistía en su intento de elaborar las agresiones despertadas de este modo: hacer de la Cenicienta perseguida un Cristo redentor. Su anhelo era: "Si sufro mucho, finalmente vendrá alguien que me mimará, por consiguiente debo llorar"; buscaba en el entorno una persona a quien pudiera mimar y permitirle llorar, del mismo modo en que quería que se hiciera con él. Cuando hubo alcanzado este punto en el análisis, comenzó una nueva relación con una pobre muchacha por la cual sentía

lástima, y empezó a presentar eyaculación precoz. El análisis de este nuevo síntoma nos aportó seguridad respecto de algo que se sospechaba ya: el llanto correspondía a la micción. Un pobre niño (una pobre muchacha) debía ser acariciado/a hasta que se mojara -un beneficioso alivio sin culpa-. Ahora no quedaba ya duda alguna acerca de quién era el pobre niño a quien se supone que esto ocurría, y un sueño lo expresaba claramente: era su propio pene. La fijación uretral del paciente era fálico-pasiva: "Quiero ser tocado pasivamente en los genitales. ¡Que alguien acaricie mi pobre y pequeño pene, de manera que se moje y le sea permitido mojarse!". Este episodio parece digno de comentar porque es completamente típico que el amor que el hombre dirige a la muchacha fálica sea fálico-pasivo y uretral.

## VII

Respecto de las figuras fálicas que Ferenczi describió en su artículo sobre Gulliver<sup>19</sup>, pasó por alto el hecho de que un número importante de ellas representa al mismo tiempo a muchachas. Escribe: "Uno de mis pacientes varones recuerda haber utilizado en sus fantasías masturbatorias juveniles una pequeña creación femenina de fantasía, que llevaba siempre en su bolsillo y que sacaba de tanto en tanto para jugar con ella". Este era el *falo fantaseado como una muchacha*. Además, Gulliver se topa con las mujeres gigantes quienes a pesar de su naturaleza femenina manifiestan claras evidencias del simbolismo de la erección -y recordamos también los frecuentes cuentos de hadas acerca de muchachas gigantes-. Naturalmente, no pasamos por alto el hecho de que las mujeres gigantes representan también a la madre adulta, en comparación con la cual el niño pequeño se siente tan pequeño; pero es Ferenczi mismo quien define por qué en todas estas fantasías el gigante o el enano representa *también* a un pene.

Una vez que nos hemos percatado de la fantasía de la muchacha-falo, encontramos en la literatura sus más variadas representaciones. Steff Bornstein atrajo mi atención al hecho de que valdría la pena investigar con referencia a esto, por ejemplo, la creación de Bettina von Armin y su relación con Goethe. La fantasía de ser entregado de modo femenino a una persona grande y poderosa y, al mismo tiempo, estar unido a él tan indisolublemente como para ser una parte misma de él, junto con la idea de que, por otro lado, se es la parte más importante sin la cual el poderoso sería impotente -esto también debe encontrarse sin duda caracterizando a un tipo particular de devoto religioso-. Pensemos por ejemplo, en los versos de Rilke:

*Qué harás, oh Dios, cuando yo muera?*

*Yo soy tu jarro (y si me quiebro?)*

*Soy tu bebida (y si me pudro?)*

*Soy tu ropaje y tu tarea;*

*conmigo pierdes tu sentido<sup>20</sup>.*

O los versos de Angelus Silesius:

*I am as great as God: He is as I as small;*

*He over me or I under Him can never be at all.*

*Y: I know that without me God cannot live a moment;*

*Were I to perish, He could but give up the ghost.*

Esta referencia a los poemas "femeninos" escritos por hombres engendra la idea de que también otras figuras de la fantasía que aparecen frecuentemente podrían estar relacionadas con la muchacha-falo. Pensamos, por ejemplo, en la figura de la "mujer soldado" que aparece con tantas variantes en la literatura. Se puede objetar que tales soldados con características de jovencita o muchachas con características de soldado representan a "la mujer con pene", y que no implica de ningún modo que necesariamente deban representar al pene mismo. En primer lugar, nos vemos obligados a percibir en ellas simplemente a objetos de la homosexualidad latente en todo hombre, en referencia a cuya elección de objeto Freud escribió con justicia: "Es innegable que muchos invertidos masculinos conservan los caracteres psíquicos de su sexo; (...) y buscan, en su objeto

sexual, rasgos propiamente femeninos. Si no fuera así, no se explicaría por qué la prostitución masculina que se ofrece a los invertidos trata -hoy como en la antigüedad- de copiar a las mujeres en los vestidos, aspecto exterior y modales, sin que esta imitación parezca ofender al ideal de los homosexuales masculinos. (...) El objeto sexual es, por tanto, en este caso, como en muchos otros, no el sexo igual sino la reunión de los dos caracteres sexuales, la transacción entre dos deseos orientados hacia cada uno de los dos sexos, transacción en la que se conserva como condición la masculinidad del cuerpo (de los genitales) y que constituye, por decirlo así, el reflejo de la propia naturaleza bisexual<sup>21</sup>. "Hemos comprobado, además, con mucha frecuencia, que supuestos invertidos no eran nada insensibles a los encantos femeninos, sino que transportaban directamente a un objeto masculino la excitación producida por la mujer"<sup>22</sup>. A pesar de ser exacto, no explica la circunstancia de que nuestra "mujer soldado" aparezca tan frecuentemente como un "paje", es decir, fundamentalmente como un pequeño y débil compañero dedicado inseparablemente a una gran persona, a fin de ayudarlo o salvarlo de manera mágica. Tales figuras de muchachas o semi-muchachas no son diferentes de otros símbolos fálicos, los cuales, despreciados en principio a causa de su pequeñez, resultan ser después poderosos y llegan a ser el más importante asistente del héroe, como los pequeños animales ayudantes en los cuentos de hadas o como los enanos.

Si estas muchachas-falo son omnipotentes a consecuencia de su naturaleza fálica, también es cierto que pueden hacer mal uso de su omnipotencia. El "temor a la retaliación" experimentado por algunos padres hacia sus hijas amadas narcisísticamente (como falos) se inscribe indudablemente aquí.

De este modo, lo que encontramos aquí es una fantasía en la cual están condensados el narcisismo masculino y femenino, el placer exhibicionista masculino y femenino. En tales fantasías, la envidia del pene se halla condensada con la femineidad en la mujer, y el orgullo del pene con la ansiedad de castración en el hombre.

## VIII

Destaquemos finalmente que la fantasía de las muchachas-falo tiene una estrecha relación con dos formas de perversión hasta el momento poco comprendidas. Habrá sido notado ya que muchos de los ejemplos citados aquí están relacionados estrechamente con fantasías masoquistas, en especial con fantasías masoquistas del tipo designado usualmente como de completa dependencia sexual. Esta dependencia sexual consiste en el sentimiento de la persona dependiente de hallarse indisolublemente unida a la persona de la cual depende, incapaz de hacer nada contra, o incluso sin su voluntad -como si representara una parte de ella-. Pensamos en el ejemplo del devoto religioso mencionado anteriormente, cuya devoción está asociada a la fantasía de que hasta Dios estaría desvalido sin él. Debería investigarse aún si la fantasía no está presente asimismo en todos los casos de tal dependencia sexual; que uno no se convirtió sólo en una parte débil y desvalida de la persona de la cual se depende, sino también en el reverso: su parte más importante; que la persona en cuestión se encuentra ahora, al mismo tiempo, en dependencia (mágica) de quien depende de ella.

Frances Deri expresó la opinión de que es de hecho el mecanismo patognomónico de la dependencia sexual, y que sólo podemos hallarnos de acuerdo con esta opinión<sup>23</sup>.

Lo que se denomina "sodomía", el amor sexual por animales, es probablemente algo de muy distinto tipo. Sin embargo, un ejemplo parece provenir, acorde a la experiencia analítica, del hecho de que la persona en cuestión permaneció fijada en la etapa del *amor parcial*, y ve símbolos del pene en los animales. Las fantasías inconscientes del "totemismo infantil" que unen mágicamente a un ser humano con especies animales<sup>24</sup> no están, desde luego, basadas por entero en el hecho de que el animal sea fantaseado como una parte del cuerpo propio, como uno mismo en forma fálica. Pero existen formas del amor a los animales en las que la actitud hacia el animal amado que representa al

pene es tan completamente idéntica al amor de un hombre por una "esposa niña" escogida acorde al tipo narcisista de elección de objeto, que nos gustaría incluir aquí este tipo de amor a los animales.

Un comentario final puede prevenir posibles malentendidos: en los casos en que las fantasías de introyección y de fagocitación juegan un papel especial en relación al pene, o en otras palabras, dondequiera que la ecuación simbólica cuerpo=pene tenga vigencia, esta relación al pene deriva de antecedentes *pregenitales*. Asimismo, la muchacha-falo es, hablando en términos generales, no sólo un pene sino también un niño, heces (contenido del cuerpo de la madre) y leche. Es lo *introyectado*, que se proyecta nuevamente. El pene es así solamente el miembro final de la sucesión de las introyecciones. Mi intención esta vez era fundamentalmente poner énfasis sobre este miembro final de la serie.

Traducción: Marcela B. Giandinoto (sobre la traducción inglesa de Henry Alden Bunker, M.D.)

- 
- <sup>1</sup> O. Fenichel, "Zur Psychologie des Transvestitismus", *Int. Ztschr. f. Psa.* XVI (1930)
  - <sup>2</sup> S. Freud, "Historia de una Neurosis Infantil" (1918), *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
  - <sup>3</sup> B. Lewin, Bertram, "El cuerpo como falo", *The Psychoanalytic Quarterly* II (1933), p. 24.
  - <sup>4</sup> O. Fenichel, "Weiteres zur präödpalen Phase der Mädchen", *Int. Ztschr. f. Psa.* (1934), p. 151.
  - <sup>5</sup> B. Lewin, "Claustrophobia", *The Psychoanalytic Quarterly* IV (1935), p. 227.
  - <sup>6</sup> S. Freud, "El tabú de la virginidad" (1918), *O.C.*, *op. cit.*
  - <sup>7</sup> Cf. B. Rank, "Der Doppelgänger", *Imago*, III (1914), p. 97.
  - <sup>8</sup> S. Freud, Sigmund: "Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre" (1910), *O.C.*, *op. cit.*
  - <sup>9</sup> S. Freud, "El tema de la elección de un cofrecillo" (1913), *O.C.*, *op. cit.*
  - <sup>10</sup> A. Reich, "Zur Genese eine prägenital fixierten Neurose", *Int. Ztschr. f. Psa.* XVIII (1932).
  - <sup>11</sup> P. Sarasin, P., "Goethes Mignon", *Imago* XV (1929).
  - <sup>12</sup> S. Freud, "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905), *O.C.*, *op. cit.*
  - <sup>13</sup> O. Fenichel, *Perversionen, Psychosen, und Charakterstörungen*. Viena: Int. Psa. Verlag, 1931, p. 21.
  - <sup>14</sup> R. Spitz, "Ein Beitrag zum Problem der Neurosenform (Die infantile Frau und ihr Gegenspieler)", *Imago* XIX (1933).
  - <sup>15</sup> Ferenczi, "Gulliver Fantasie", *Int. Journal of Psa.* IX (1928), p. 283.
  - <sup>16</sup> Cf. S. Freud, "El chiste y su relación con lo inconsciente" (1905), *O.C.*, *op. cit.*
  - <sup>17</sup> Aparentemente, el autor se refiere a *The Celebrated Jumping Frog*, de Mark Twain (Nota del Tr. Henry Alden Bunker, M.D.).
  - <sup>18</sup> M. Hirschfeld, *Die Transvestiten*. Berlin, 1910 (Caso 5).
  - <sup>19</sup> S. Ferenczi, "Gulliver Fantasies". *op. cit.*
  - <sup>20</sup> Rainer María Rilke, *El Libro de Horas*. Buenos Aires: Lumen, 1997, p. 59.
  - <sup>21</sup> S. Freud, "Tres ensayos para una teoría sexual", *op. cit.*
  - <sup>22</sup> *Idem.*
  - <sup>23</sup> Josine Müller, al describir un caso de dependencia, escribió ya en 1925: "Se fantaseaba como siendo ella misma el pene de su exaltado padre, y de ese modo, su parte más preciada e importante". "Früher Atheismus und Charakterfehlentwicklung", *Int. Ztschr. f. Psa.* XI (1925).
  - <sup>24</sup> S. Freud, "Tótem y Tabú", cap. IV: "El retorno infantil al Totemismo" (1913-14), *O. C.*, *op. cit.*